

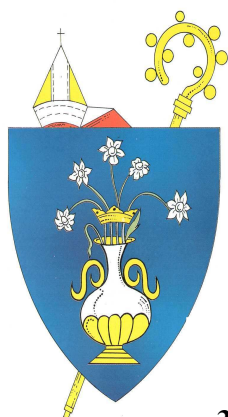
FRATERNUM

BOLETIN DE LA FRATERNIDAD CISTERCIENSE DE SANTA MARIA DE HUERTA

EDITORIAL

La inundación de nuestro querido Monasterio de Santa María de Huerta ha supuesto una serie de alteraciones serias, no sólo en la vida de la Comunidad de Monjes y de los vecinos de Huerta, sino también en la de nuestra Fraternidad de Laicos. Hubo que suspender la reunión programada de septiembre ante la imposibilidad de realizarla en unas mínimas condiciones, incluso intentando retrasarla al siguiente mes de octubre. Ha servido, sin embargo, para un montón de reflexiones como se puede ver a lo largo de las colaboraciones de este Boletín. Sirva, pues, tan desolador acontecimiento para hacernos reflexionar sobre la fragilidad, la convivencia, la colaboración, la actitud solidaria, etc,...

Para este próximo curso 2018-2019 se ha elegido, como resalta la Crónica de nuestro encuentro de diciembre la virtud monástica de la oración. Por eso se incluye la estupenda y práctica comunicación de nuestro amigo Jairo, que siempre acierta con sus temas y que desinteresadamente nos deja utilizar sin ningún obstáculo sus excelentes artículos en nuestro Boletín. Gracias, una vez más, por la magnífica oportunidad que nos brinda. Se trata de una forma práctica, a la vez, que profunda, de ayudar a entrar a vivir la oración contemplativa en un mundo actual y con las condiciones de nuestra vida cotidiana, en medio del mundo.



**DICIEMBRE
2018**
3ª Época – Nº 71

En este número:

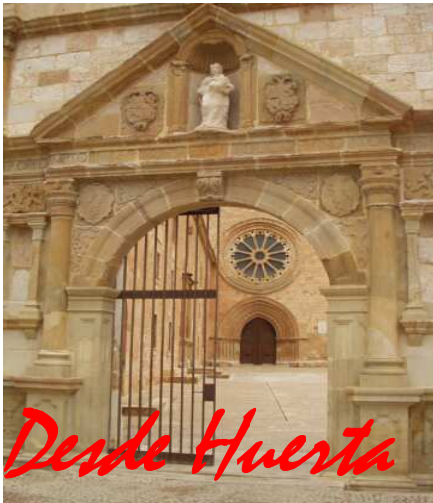
“Desde Huerta” – **La inundación como lección...** - *por Isidoro*

“Reflexiones de nuestros hermanos” – **Tierra Santa** - *por Pilar.* – **La santidad, esa gran desconocida** – *por Chelo* – **Un moje cisterciense no es un monje budista** – *por Leo*

“**Calendario 2019**”

“Crónicas de la Fraternidad” – **La Riada** - *por Luis.*

“Colaboración Especial” – **¿Quieres hacer oración? Vamos** - *por Jairo del Agua*



“LA INUNDACIÓN COMO LECCIÓN Y ACCIÓN DE GRACIAS”

por Isidoro, † Abad de Sta. M^a de Huerta

Hace poco alguien preguntó que si los monjes habíamos percibido la inundación que sufrimos en septiembre como un castigo de Dios. Me quedé un poco perplejo, pues en ningún momento lo percibí así. Sin duda que la inundación que hemos tenido ha sido muy dañina, que en una hora nos ha puesto todo patas arriba, llevándose por delante muchas cosas, pero no considero en absoluto que haya sido un

castigo de Dios, pues, además, la justicia de Dios no se parece en absoluto a la de los hombres, que parece buscar más la venganza, la satisfacción de la propia ira, que la transformación del pecador.

Para mí toda situación que se nos presenta es una oportunidad. Oportunidad para saber responder en las alegrías y en las penas, en la fortuna y en la calamidad. Todo momento es una ocasión para comprobar lo que verdaderamente habita en nuestro corazón y poner a prueba nuestros recursos interiores. La fortuna nos alegra y la desgracia nos entristece, pero nosotros no somos ni la una ni la otra. Ponernos en sus manos es vender nuestra alma a otro. No es bueno embobarse cuando las cosas van bien, pues nos dormiremos y correremos grave peligro. No es bueno abatirse en demasía cuando las cosas van mal, pues nos quitará las fuerzas que necesitamos para salir adelante. Ni lo primero nos hace más que los demás ni lo segundo nos hace inferiores a nadie. Vivir así nos da libertad y nos robustece, pues no dependeremos de los acontecimientos ni de los demás, ni siquiera de nuestros propios sentimientos.

Varias son las lecciones que nos ha ofrecido la inundación.

En primer lugar constatamos que las catástrofes son dolorosas, pero ayudan a sacar lo mejor de uno mismo. Como un parto que hace pasar por el dolor para gozarse finalmente con el fruto de vida que surge en él. Un llanto que nos llena de alegría.

Nos impulsa a trabajar mirando al frente, a la necesidad real que ha surgido, olvidándonos de nosotros mismos, sin tiempo para mirarnos el ombligo. El dolor intenso si nos cortan una mano nos hace olvidar las pequeñas molestias que teníamos y diluye los pensamientos absurdos que nos marean, las preocupaciones vacías de lo que los demás puedan pensar de nosotros o el temor imaginario a un futuro incierto que se disipa ante el dolor presente.



Nos une en un proyecto común real, no inventado, en el que todos nos sentimos implicados y sabemos que nuestro trabajo es importante para los demás y va a tener una repercusión real en la rapidez con que solucionemos el problema. No es algo que se nos encomienda para estar ocupados, sino que nos ocupamos motivadamente porque es una necesidad real. Las necesidades reales generan gran solidaridad, sin caer en la mezquindad de compararnos por ver si el otro trabaja más o menos que yo.

Nos permite ser más humildes, teniendo que pedir ayuda y dejándonos ayudar. Esto es muy importante, pues dentro del mundo clerical tendemos a situarnos por encima, esperando que los otros reclamen nuestra ayuda para ayudarles o no, según nuestra disponibilidad y benevolencia, lo que nos hace sentir bien e importantes, pero nos puede encerrar en un halo de soberbia que endurezca nuestro corazón y nos aleje de los demás.

La actitud generosa y entregada de la gente ha sido para nosotros una gran lección. No basta con conmovirse, sino que hay que moverse para ayudar en la necesidad concreta. En estos momentos muchos prejuicios se vienen abajo, al constatar el buen corazón de la gente y su entrega más allá de las ideas que se puedan tener. Llama la atención esa disponibilidad a posponer los intereses personales para ayudar al otro. ¿Qué decir de ese matrimonio que se iba a marchar el lunes para tomar sus vacaciones y se quedó para ayudarnos toda la semana en las labores de limpieza del monasterio? ¿Qué decir de los profesionales del pueblo que han aparcado sus trabajos para ayudarnos “porque era lo que había que hacer”, sin cuestionarse nada más ni decir: “yo no puedo, que lo hagan los que están más liberados”? Forma clara de vivir la parábola del buen samaritano que quizá algunos desconocen, pero la cumplieron. ¿Qué decir de los que han venido expresamente de fuera para ayudarnos, incluso con sus niños? ¿Qué decir de su empeño por seguir trabajando los días de fiesta, sin

preocuparles si estaban o no los monjes presentes o si nos habíamos ido a rezar? ¿Qué decir de su empeño por trabajar sin escudarse en que no tenían herramientas o en que ya habían acabado o en que no había una buena organización? Ellos mismos buscaban la herramienta, iban a sus casas o las pedían al vecino. Ellos mismos trataban de organizarse o buscaban otro lugar donde ayudar cuando en el suyo ya no había necesidad. ¡Gran lección para cuando nos sentimos tentados de escaquearnos mirando a otro lado! ¿Qué decir de la sensibilidad de las mujeres atentas a que no nos faltara comida al carecer de cocina, especialmente nuestras hermanas del Sgdo Corazón? ¿Qué decir de tantos amigos, familiares, fraternos, huéspedes, comunidades hermanas y hasta proveedores que han colaborado de una u otra forma según sus posibilidades? ¿Qué les ha movido a todos? Sin duda la bondad que llevan en el corazón, pero también el amor de Dios que lo vemos reflejado en todo ello.



Es de admirar tanta gratuidad que nosotros hemos sabido acoger con sencillez y humildad. Dejarse ayudar mejora las relaciones y hace sentirse bien al que ofrece su ayuda, máxime habiendo sido un daño compartido por muchos vecinos. Es admirable el que los que ayudan se sientan confundidos cuando se les ofrece algún regalo, pues no esperan nada a cambio, sino que están convencidos de estar haciendo lo que tienen que hacer: atender a la necesidad de un necesitado.

Por otro lado, también ha sido hermosa la actitud de la comunidad dando testimonio con la paz y serenidad con que hemos afrontado la situación, sin muestras de gran preocupación por las pérdidas materiales o por el futuro, trabajando codo a codo con los demás.

Todo esto nos ayuda a vivir desde la fe, recordando las palabras del salmista: *Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles... Es inútil... que comáis el pan de vuestros sudores: ¡Dios lo da a sus amigos mientras duermen!* Lo que estamos viviendo es una prueba clara de ello que nos invita a confiar y estar tranquilos. Aquello que parece ser una terrible calamidad se puede transformar en una bendición. Aprender a tener esa mirada de fe aún en las cosas pequeñas nos ayuda a vivir con alegría, confianza y en paz.

Verdaderamente nadie se puede sentir mejor que los demás. Lo más importante es la bondad del corazón, no el título que se ostente. Recordemos aquellas palabras del Señor: *Vendrán de Oriente y Occidente y se sentarán a la mesa, mientras que los invitados serán echados fuera.* No basta con saberse hijos de Abraham, sino vivir según el evangelio. No olvidemos la lección.



Reflexiones de nuestros fraternos:

"TIERRA SANTA"

por Pilar Vargas



Escribir una reflexión sobre Tierra Santa solo puede hacerse desde la experiencia personal del que ha peregrinado alguna vez y ha sentido el gozo de pisar la tierra donde nació, vivió, murió y resucitó nuestro Señor Jesucristo.

Dice la enciclopedia refiriéndose a Tierra Santa que la "tierra" se hace "santa" cuando entra en el plan divino de la salvación, de la misma forma que se habla de "hombres/mujeres santos" y "lugares santos". En tal caso, la santidad no tiene su origen en el objeto o sujeto mismo, sino en el contacto de este con el que es considerado el Ser auténticamente Santo, es decir la divinidad.

Antes de realizar mi gran sueño de visitar la tierra de Jesús yo ya llevaba varios años "perdiéndome" cada tres meses en el silencio y la paz de un Monasterio Cisterciense, y me preguntaba, si conocer los mismos lugares en los que había vivido Jesús supondría para mí una experiencia mejor que la que yo vivía en el monasterio.

Es muy difícil expresar con palabras ciertos sentimientos. Después del viaje comprendí que no se podían comparar ambas experiencias porque son diferentes, aunque en las dos podía sentirse fuertemente la presencia

de Dios. Cuando se pisa la tierra que pisó Jesús, o se contempla ese paisaje que Él contempló, parece que el corazón se te va a salir del pecho. Digamos que es una experiencia más sensible. En cambio el gozo que se siente en el silencio del monasterio o en la soledad del Sagrario es mucho más real y profundo.

Visitar la tierra de Jesucristo es entrar en contacto con la Historia de la Salvación y encontrarse con las raíces de nuestra fe cristiana. Tierra Santa es, según se dice, el quinto evangelio, ya que ayuda a comprender y localizar lo que meditamos en los otros cuatro.

Una cosa muy importante para la que me sirvió visitar Tierra Santa, es para poder "visualizar" los acontecimientos que leemos y escuchamos de los Evangelios. Ahora puedo "ver en mi interior" el Cenáculo, e imaginar a Cristo allí ofreciéndonos el pan y el vino convertido en su Cuerpo y en su Sangre. Y lo mismo me sucede por ejemplo al leer el pasaje de la Transfiguración. El monte Tabor era uno de los lugares que más deseaba visitar. No me lo imaginaba así. Pensaba que era un monte más alto y abrupto, pero al ir subiendo por esa carreterilla estrecha y llena de curvas, imaginaba a Cristo regresando con sus discípulos aún conmocionados por lo sucedido. Ahora al leer el Evangelio veo el paisaje que desde arriba contemplaría Cristo tantas veces y me imagino la escena.

Y así podría seguir diciendo de todos los sitios donde estuvimos. Tierra Santa es pues ahora para mí una referencia visual permanente que me permite comprender lo que hizo y dijo el Señor cuando leo los Evangelios. Durante una Peregrinación se reza y se reflexiona sobre pasajes de la Biblia. En la mía hubo dos reflexiones en concreto que a mí me impactaron mucho. Una fue en el monte Tabor. Hablaba nuestro guía franciscano de los famosos "cuernos" con los que se representa a Moisés, es decir de los rayos que salen de su cabeza. Nos decía que el significado de esa representación es que después de estar este en la presencia de Dios junto a la zarza ardiente, se quedó tan sumamente lleno de Él que su rostro resplandecía. Continuaba la reflexión diciéndonos que nosotros tenemos siete aberturas en la cabeza (dos orejas, dos ojos, dos huecos en la nariz y la boca) y que cuando no salen de nuestra boca palabras impuras, no criticamos, nuestra mirada es limpia etc... estamos llenos de Dios y al igual que Moisés nuestro rostro resplandece, pero cuando sucede todo lo contrario, nuestras aberturas están cerradas y no reflejamos a Dios. Esto me ha ayudado mucho después.

La segunda reflexión fue en Nazaret sobre el significado de los siete escalones del baptisterio de la cripta que había en la Iglesia de la Nutrición. Nos contó que estos simbolizaban el descenso y ascenso de Cristo a los cielos y los dones del Espíritu Santo, y también los siete pecados capitales de los que los primeros cristianos se iban desprendiendo al bajar cada escalón hasta llegar al suelo donde había pintados cuatro cuadros negros que simbolizaban el Credo. Cuando los cristianos llegaban abajo, se habían desprendido de sus pecados y se ponían en cada cuadro negro e iban rezando el Credo. En el primer cuadro decían: "Creo en Dios Padre", en el segundo: "Creo en Dios Hijo", en el tercero: "Creo en el Espíritu Santo" y en el cuarto: "Creo en la Iglesia". A continuación se bautizaban con el agua procedente del Jordán que entraba a esa cavidad por un orificio. ¡Que simbolismo más bonito y que forma de vivir el Bautismo!



Cada lugar que se visita va dejando una impronta en el alma que te ayuda a entender muchas cosas. Junto a la gruta de Nazaret puedes revivir las palabras del Ángel y sobre todo las de María. «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra». Aceptar la voluntad del Padre con alegría y sencillez de corazón como Ella no es tarea fácil, máxime cuando las cosas no son como nosotros quisiésemos que fuesen y la vida nos da algún que otro revés.

Solamente en Tierra Santa está inscrita la palabra "Hic" (aquí). "Aquí nació... "Aquí murió...". Pero si uno lo piensa bien es solo el recuerdo de lo que sucedió, sin embargo en la Eucaristía está Real y presente, en su divinidad y en su humanidad. Ahí no hay pasado sino presente, y sin embargo cuanto nos cuesta muchas veces reconocer su Presencia.

Al hablar de siete escalones, siete pecados capitales, siete rayos en la cabeza de Moisés que significan nuestras siete aberturas..., me viene a la cabeza las veces que en la Biblia se menciona ese número. El siete está asociado a múltiples mensajes, sobre todo a aquello que simboliza algo terminado o pleno. La Creación, las vueltas de los israelitas en torno a Jericó, las inmersiones en el Jordán que Elíseo manda hacer a Naamán, la respuesta de Jesús a Pedro sobre las veces que hay que perdonar, la elección de los siete diáconos, el mensaje de Dios a las siete Iglesias en el Apocalipsis, etc... El significado bíblico del número siete está relacionado con aquello que es puro, y espiritualmente significa el alma que está por encima de los deseos terrenales y aspira a la perfección.

Hecho este paréntesis, y siguiendo nuestro caminar por los alrededores del lago Tiberiades, hay que resaltar que mirar sus aguas era sentir la cercanía del Maestro. Tantos cambios en el paisaje en estos dos mil años, y sin embargo el lago, lo mismo que el desierto de Judea seguían ahí igual que entonces.

Recorrer los lugares situados junto al Mar de Galilea es seguir los pasos del Señor y escuchar su Palabra a través de distintos pasajes del Evangelio:

Tabgha y el milagro de la multiplicación de los panes. Allí Cristo se había compadecido de la multitud que le seguía y allí también nos estaba pidiendo a nosotros que no fuésemos indiferentes ante el sufrimiento humano, invitándonos a compartir con el que no tiene, pues es injusto que pasen hambre en el mundo millones de seres humanos mientras otros malgastamos muchas veces nuestro dinero.



El Santuario del Primado de Pedro, donde era fácil imaginar allí sentado en aquella gran roca a Jesús resucitado esperando a sus discípulos con las brasas encendidas, y a Juan gritando desde la barca al oír al Maestro: "¡Es el Señor!"

La pequeña colina situada entre Tabgha y Cafarnaúm en la que Cristo llamó bienaventurados a todos los que la sociedad rechaza: los pobres, los que pasan hambre, los mansos y humildes, los que lloran, los misericordiosos, los que buscan la paz, los perseguidos por causa de la justicia... ¡Qué diferencia lo que quiere Dios de lo que quiere el mundo!

Cafarnaúm, con los restos de la casa de Pedro donde el Maestro se habría alojado tantas veces, y la Sinagoga, donde se produciría un discurso y unos hechos de capital importancia. Por primera vez el Señor nos hablaría del Pan de Vida anticipo de la Eucaristía que posteriormente instituiría.

Jesucristo es el único pan que puede saciar todas nuestras hambres de felicidad, eternidad, verdad, amor, y también es el agua viva, capaz de calmar la sed del hombre como ya antes había anunciado a la samaritana. La contemplación del desierto de Judea es también la contemplación de la grandeza de Dios. ¡Cuántos peligros e incomodidades pasaría la Virgen embarazada en su viaje hacia Ain Karen para visitar a su prima Isabel, y meses más tarde cuando tuvo que volver con su esposo camino de Belén.

En los montes de Judea se encuentra enclavada la ciudad de David, lugar lleno de significado para el cristiano. En la Gruta, junto al lugar del nacimiento de Jesús, puede sentirse con emoción la presencia de Jesús. La puerta de entrada a la Basílica levantada sobre la cueva es tan bajita que solo se puede acceder a su interior agachándose. Abajarse para entrar en la morada de Dios, abajarse también ante los demás. ¡Mira que nos cuesta ser humildes!, y sin embargo todo un Dios tan grande, se abaja y se hace pequeño por amor a nosotros, a toda la humanidad y nace como cualquier otro mortal.

En la tumba de los Patriarcas en Hebrón, al igual que sucede en Jerusalén conviven las tres grandes religiones monoteístas: judía, musulmana y cristiana. En ambos sitios se nos invita a reflexionar y rezar por la paz entre todos los hombres. Si todos creemos en el mismo Dios, ¿por qué hay más cosas que separan que las que unen? ¡Tendríamos un mundo tan diferente si aprendiésemos a convivir con respeto y amor mutuo!

Podría estar hablando muchas horas de experiencias vividas en los alrededores de Jerusalén: Betfagé, Betania, el lugar de la Ascensión, Ain Karem, la Iglesia Dominus Flevit donde Cristo lloró por Jerusalén, el lugar donde S. Pedro negó a Cristo, la Iglesia del Pater Noster, la Iglesia de la Dormición de la Virgen, el huerto de los olivos, Getsemaní, el Cenáculo, el Santo Sepulcro, etc.

Son tantas las vivencias en esos lugares que es muy difícil enumerarlas todas en pocas palabras, así que voy a elegir solamente algunas que a mí en particular me impactaron más fuertemente.

La prisión de la casa de Caifás donde Jesús fue descolgado por el agujero y encerrado esa noche de agonía del Jueves Santo sobrecoge sobremanera. Imaginar lo que sentiría Jesús allí, al igual que en Getsemaní, y su Madre rota por el dolor. Dice el Evangelio que dejaron entrar a un discípulo que se supone que era San Juan, y dado que él no se separó de la Virgen, podrían haber estado ambos cerca de ese agujero toda la noche.



El Cenáculo, el lugar de la Flagelación, la Vía Dolorosa, el monte Calvario y el Santo Sepulcro son lugares donde el cristiano se siente especialmente conmovido y las vivencias quedan grabadas a fuego en el alma.

Una peregrinación a Tierra Santa es enriquecedora para el espíritu y es algo que todo cristiano debería poder hacer aunque fuera una vez en su vida, pero, como decía al principio de esta reflexión, no hace falta irse tan lejos a buscar a Dios porque está aquí junto a nosotros y de una manera muy especial y cercana en la Eucaristía. Él nos espera pacientemente en el Sagrario todos los días y quiere nuestra compañía, que le hablemos y le escuchemos en la lectura y meditación de su Palabra, que le conozcamos, le contemplemos y le adoremos. ¿De qué valdría tanta emoción vivida en Tierra Santa si cuando se pasa el "fervorín del momento" nos alejamos de Él?

Es bueno dar gracias a Dios por haber podido peregrinar a su Tierra, pero sobre todo es importante no dejar de darle gracias todos los días de nuestra vida porque su Amor hacia nosotros es infinito. Como he dicho anteriormente, en Tierra Santa vivimos el recuerdo de lo que pasó, pero en la Eucaristía vivimos el presente de un Dios Trinidad que nos ama con tal locura que dió su vida por nuestra Redención y se hizo Pan para que pudiésemos vivir en Él y Él en nosotros.



"LA SANTIDAD, ESA GRAN DESCONOCIDA"

por Chelo Solís

¿Quién no conoce a algún santo que no está en los altares?

¿Quién se permite reconocer que a pesar de estar todos llamados a la santidad nos resulta muy difícil buscarla porque nos parece imposible, aburrida o incluso llamada al fracaso?

¿Quién quiere iniciar una empresa que puede fácilmente naufragar?

¿No nos dice el Señor en Lc 14? "¿si uno de vosotros pretende construir una torre ¿no se sienta primero a calcular los gastos, a ver si tiene lo que necesita para terminarla? No suceda que, habiendo echado los cimientos y no pudiendo completarla, todos los que miran se pongan a burlarse de él diciendo: Éste empezó a construir y no puede concluir "...Qué bien nos conoce el Señor que nos termina diciendo: "Así pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser discípulo mío" Parecería entonces que antes de empezar a edificar tenemos que renunciar a todo lo que creemos poseer. Si el Maestro nos guía, si nos dejamos conducir por Él el camino de la conversión no será un fracaso será una transformación inacabada. Un ir pasando de la compulsión a la contemplación, de la división a la totalidad y del pecado a la santidad.

Tenemos un buen inventario interno para presentar al Señor: un orgullo que nos puede transportar a la humildad, una gran mentira que irremediamente nos llevará a la verdad, una envidia que en cuanto nos demos cuenta que es una admiración mal gestionada se tornará en ecuanimidad, una tacañería que al entregarla se volverá altruismo, un miedo que por la fe se convertirá en coraje, un desenfreno, una avidez que caerá hasta el fondo y nos dará la sobriedad, una arrogancia tan pesada de llevar que al final dejará paso a la inocencia, una pereza que nos come y una presteza que nos mueve y por fin una ira que si la escuchamos nos dice qué está pasando y cómo llegar a la serenidad.

Hay dos libros que me han gustado mucho en este sentido y que recomiendo.

- Uno de Anselm Grün y Meinrad Dufner "Una espiritualidad desde abajo"
- El otro de Suzanne Zuercher "La espiritualidad del eneagrama-De la compulsión a la contemplación"



Pero, qué está pasando hoy en día ¿Quién quiere ser santo de verdad?...a unos nos dará pereza, a otros miedo, a otros...vergüenza???

"Dejémonos hacer por el Señor y vayamos como esa pequeña barca que no quita los ojos del faro que la alumbra y se deja guiar por él para descansar en su presencia viviendo la vida lentamente siendo probados hasta llegar a ser la persona que Dios quiere que seamos y no la que nosotros queramos ser"

Aprendamos de nuestros mayores y de nuestros niños, ellos están más cerca del Alfa y la Omega y saben hacerlo.

"A menudo podemos apreciar una calma silenciosa en los ojos de las personas mayores porque ya no tienen la necesidad de engañarse a sí mismos ni a los demás sobre sus pensamientos, sentimientos y conductas. Esta serenidad demuestra que es posible llegar a esas profundidades donde ya no hay que responsabilizarse de ser nuestros propios creadores"

"C.G.Jung no se cansa de repetir que no somos más que el establo en el que Dios nace"



Estamos en Adviento. Estamos embarazados. La vida es una fecundación, un embarazo y un parto. La vida en todos los sentidos, la física, la espiritual, la mental, la emocional. Tendremos que parirnos con dolores de parto que nos llevarán al gozo de vernos cara a cara con Dios pero eso será al final. Mientras tanto disfrutemos del embarazo, ver crecer esa semilla pequeña como un grano de mostaza, sentir sus pataditas, su llamada al amor, a darse, a recibir, a estar siempre presente sonriente amante amada. ¿qué nombre le pondremos? ¿Santidad?



"UN MONJE CISTERCIENSE NO ES UN MONJE BUDISTA"

por **Leonardo Muñoz**

El vestir hábito, vivir en comunidad en monasterios o el llevar vidas austeras podría hacer pensar que hay un gran parecido entre el monacato budista y el cristiano pero esto no es así. En este artículo nos detendremos en el budismo zen que es una rama del budismo Mahayana originario de China y que luego se extendió a otros territorios, especialmente a Japón.

Un monje occidental busca vivir en plenitud el cristianismo entregado a la oración, la meditación y el silencio, un monje zen busca vivir en plenitud el zen. Y aquí nos encontramos con la primera diferencia, la vivencia de la realidad desde el zen es contraria a toda racionalización, a cualquier posibilidad de encerrarla en un lenguaje abstracto, por eso no hay libros para los que se inician en su doctrina. Los maestros la enseñan con breves y enigmáticos relatos que ponen al discípulo ante la posibilidad de una intuición esclarecedora. El lenguaje solamente nos ayuda mostrando su propia inconsistencia.

En el budismo no se invoca a ningún Dios, no hay ningún fundamento pues la realidad flota sobre la nada. No hay referencia a un más allá, ni a algo sagrado, pues lo sagrado se fundamenta en la presencia de lo trascendente en el mundo y nada hay trascendente. No hay, pues, presencia de lo divino en un mundo que no viene ni va a ninguna parte. En el zen carece de sentido preguntarse: ¿por qué?; no hay más que lo que se nos presenta a los sentidos, nada hay detrás, solamente un perpetuo fluir de acontecimientos que surgen y se hunden en la nada. El lenguaje pretende hacernos creer que existen seres que permanecen mientras el tiempo pasa: ese árbol, esa persona, esa nube; pero eso es engañoso, pasado un instante lo que era se hundió en el vacío para dejar paso a algo que parpadeará otro instante antes de hundirse también en el vacío.

Ante esta exterioridad regida por la nada, ¿podremos refugiarnos en nuestra interioridad?. No, no hay una yo en el que refugiarse, no hay un centro resistente al tiempo en el que refugiarnos, no hay mayor engaño que creer en un yo que permanece, solamente hay un fluido de conciencia en perpetuo cambio, como todo lo que se nos presenta a los sentidos. El monje zen se entrega a la inmanencia, a la vivencia del instante. ¿Y la muerte?. Si no hay un yo, no hay nada a lo que pueda llamar mi muerte. Yo no muero porque yo no soy. No me traslado a otro ámbito de la realidad porque ese ámbito no existe. No muere el que no es.

La vida zen rechaza el deseo, la alegría, la tristeza, el apego, contempla el fluir de las cosas hacia la nada con la serenidad de quien ve sin implicarse en nada, sin preocuparse por nada, pero sabiendo que eso es todo. Se mora en el presente sin un antes ni un después. Los poemas "haikus" reflejan claramente este temple.

*Cae la primera nieve,
y las hojas de los narcisos
incluso se doblan.*

Basho

Detrás de los versos no se percibe un poeta emocionado, no se alude metafóricamente a una realidad más allá, simplemente se relata un acontecimiento fugaz detrás del que nada hay, del que nada queda. Tampoco las cosas se relacionan unas con otras, simplemente suceden, acaecen juntas.



El monacato zen aspira a penetrar por vía intuitiva en la comprensión de la "irrealidad" que nos rodea. El mundo descansa en el vacío, no hay ni Dios ni hombre. Con estas breves líneas es suficiente para darse cuenta de la inconmensurable diferencia con el monacato cristiano. En éste no hay desconfianza de la razón ni del lenguaje, Dios es Logos: razón y palabra. Los monjes siete veces al día se entregan a la liturgia de las horas en la que se dirigen al Supremo Hacedor con oraciones cantadas. El esfuerzo de la vida monástica se orienta a la unificación, a seguir la palabra y el ejemplo de Cristo. Hay un yo en cuyo interior habita el señor. Recordemos los versos de San Juan de la Cruz:

*¡Oh llama de amor viva
que tiernamente hieres
de mi alma el más profundo centro!*

El mundo no descansa en el vacío sino en Dios, fundamento del ser. El hombre está llamado a la vida eterna. El monje, como todo cristiano, no contempla el mundo con indiferencia, lo contempla con amor, reflejo del amor con el que fue creado, procura mejorarlo y se acerca a su prójimo doliente dándole consuelo.



Respecto a los límites del lenguaje, el éxtasis místico va más allá de sus posibilidades, pero el místico cristiano no calla, sino que se esfuerza en intentar de manera metafórica transmitir su experiencia. La poesía de una Santa Teresa de Ávila o un San Juan de la Cruz dice sin decir la posibilidad de apertura a lo absolutamente Otro.



CALENDARIO PARA 2019:

ENCUENTROS En Santa M^a de huerta 23 de Marzo
1 de Junio
21 de septiembre
14 de diciembre

VIVENCIAS MONÁSTICAS 11 de Julio a 14 e Julio.



Crónica de la Fraternidad

por Luis, "Cronista Oficial de Fraternum"

"LA RIADA"

CRÓNICA DEL ENCUENTRO DEL 15-12-2018



Después de todo lo acontecido en el mes de septiembre por fin tuvo lugar el encuentro de la Fraternidad el día 15 de diciembre del presente año. El acontecimiento al que hago referencia no fue otro que una tremenda riada que el día 9 de septiembre, cuando los monjes rezaban vísperas, asoló la planta baja del monasterio, la iglesia, el claustro de los Caballeros, el refectorio gótico, el claustro herreriano (un incendio lo destruyó en 1858), la cocina, la huerta, el monasterio entero..... y medio pueblo de Santa M^a de Huerta. Una tromba de agua imprevista y tremenda (calcularon posteriormente los técnicos de la Confederación del Ebro, diecinueve mil litros por segundo), dejó el monasterio en un estado tal que se tardaran muchos meses, tal vez años, en volver al estado en que se encontraba en el año 2018. Cortas se quedan las palabras para describir semejante

catástrofe que nos dejó a todos en un estado de asombro y preocupación cuando la televisión y los medios de comunicación dieron cuenta de la catástrofe sufrida por el principal monumento, tal vez, de la provincia de Soria, nuestro querido monasterio. Una serie de coincidencias e imprevisiones, un arroyo casi seco y ese día desbordado hasta lo inimaginable, por la zona de la carretera de Torrehermosa, y un agua embravecida que buscaba al Jalón, se llevó por delante todo lo que pilló a su paso. Fue una catástrofe de dimensiones colosales. Las centenarias piedras del cenobio resistieron la acometida y gracias a su solidez no desaparecieron casas y personas del pueblo, pero no pudieron impedir que el agua alcanzase dentro del cenobio en las zonas de la planta baja más de un metro de altura. En la iglesia, en el claustro y en el refectorio se podían apreciar las marcas del agua, cuando este cronista el día 15 quiso verlo personalmente.

Todos los fraternos cuando conocimos la noticia nos sentimos afectados y abatidos, y ante esta situación la reunión prevista para el día 22 de septiembre, hubo que suspenderse. La hospedería estaba afectada plenamente con todo deshecho y no nos podía acoger. Se pensó en otro día posterior, pero tampoco resultaba aconsejable acudir a la cita. Así que no nos quedó más remedio que posponer todo para la presente reunión. A la misma asistimos 32 fraternos, que presidida por el Abad, nuestro formador el P. José Ignacio y , Enrique, Coordinador General, se inició como es norma habitual invocando al Espíritu Santo, y pidiendo su ayuda para toda la jornada.

El Abad Isidoro, tomó la palabra en primer lugar para informar de los acontecimientos más importantes habidos en la comunidad de monjes, como la profesión solemne de Diego, la presencia de un nuevo postulante, el reciente cometido de José Ignacio como Superior en Montesión, y sobre todo la noticia que a todos nos tenía impactados, que no era otra, que la devastadora riada; puso de relieve que este fenómeno no es nuevo en el monasterio, dada la configuración de algunas tierras que le rodean, ciertos fallos técnicos y de las tormentas que se producen con cierta frecuencia, y recalcó que ya en el siglo XVIII se había producido algo parecido, y con menor intensidad, pero muy importantes hubo inundaciones en los años 1976 y 2015. Lo definió todo muy bien: **TODO EL MONASTERIO ERA UNA Balsa.**



Propuso como debate para los grupos de la tarde lo siguiente: *"Compartir si habéis vivido alguna situación especialmente dramática y que lección positiva sacasteis de ella"*.

Yo quiero resaltar la entereza y ejemplo de serenidad y conformidad con que el Abad (que se encontraba en Montesión ese día y regresó esa misma noche a Huerta) y todos los monjes aceptaron el hecho con toda normalidad, sin dramatismo ni angustia, y como desde el primer momento con ayuda del pueblo trabajaron

para paliar las consecuencias del mismo, celebrando la fortuna de no haber habido víctimas mortales. Todo un ejemplo para todos nosotros.

A la intervención del Abad siguió la de Enrique, que invitó a los Coordinadores de Grupo a informar de la situación de cada uno de ellos y de las ausencias habidas.

Terminadas las intervenciones de los Grupos, Enrique informó de las cuestiones debatidas en el Consejo celebrado el día anterior. Se trató del Encuentro regional de las Fraternidades de España que tendrá lugar en 2019, durante los días 21 a 23 en el CITES de Ávila, y al que pueden asistir todos los que lo deseen; se trató también el tema de la comunicación a través de Internet, quedando encargada M^a Paz de profundizar en este asunto; otro tema estudiado por el Consejo fue el documento sobre el Carisma Cisterciense del que está encargado Leo; igualmente se debatió sobre los testimonios personales que hay que remitir al Comité Internacional, animando a todos a colaborar y aportar cada uno el suyo como mejor se desee. Finalmente propuso, y así se acordó, que de nuestro fondo se dieran 500 € al monasterio para ayuda de las obras, simplemente se trata de un gesto simbólico, pero lleno de amor, es una manera insignificante de querer compartir con la comunidad monástica la desgracia de la riada. Propuso finalmente como valor monástico para el nuevo año 2019 **"LA ORACION"**, y el calendario para el nuevo año, que aparecerá al principio del crónica.

Seguio la intervención del P: José Ignacio, que en primer lugar esbozó el plan formativo futuro centrado en el final de la búsqueda de Dios.

En el día de hoy se centró, profundizando en la Carta de Cofraternidad, en: El deseo como motor=Buscar a Dios, fin; entablar un lazo espiritual con el monasterio= mediación carismática; formación= para darle solidez. Con la maestría habitual, y siempre dando pinceladas, como a él le gusta decir, para que los fraternos sepan por donde tienen que ir, fue repasando los apartados más importantes, dentro de BUSCAR A DIOS= FIN , que se lleva a cabo: En la pureza y unidad de corazón; En la vida de oración, que nos va permitiendo conformar con Cristo personal y comunitariamente; cultivando el espíritu contemplativo, unificados y unidos a Dios.

Sobre este esquema fue desgranando y resaltando los aspectos más importantes y trascendentes para que cada uno profundizase personalmente siguiendo el texto facilitado.

Terminada la intervención de José Ignacio, se celebró la Eucaristía, y posteriormente la comida en la hospedería, donde pudimos apreciar la existencia de un equipamiento completo y nuevo en la cocina, ya que el agua de la inundación destrozó enteramente el anterior.

Por la tarde los grupos debatieron sobre el tema propuesto por el Abad, y posteriormente, se puso en común las conclusiones habidas, siendo, entre otras las siguientes: *una situación límite hace a la persona más sensible y más fácil de ponerse en el lugar de otra; hay que tener siempre presente a Dios; pasan las cosas porque Dios nos ha dotado de libertad; muchas de las situaciones que nos parecen insalvables, nos hacen ver las cosas con ms esperanza; los momentos críticos generan amor al prójimo; cuando vivimos situación adversas en la vida, generan fortaleza y espíritu de ayuda a otras personas; nos muestran lo insignificantes que somos sin que DIOS NOS ABANDONE; todo lo que sucede son oportunidades para ver como respondemos; es hermoso relativizar las cosas y como vivir lo que Dios me ha dado; ante lo malo de alguna situación sale algo bueno de nosotros; lo importante es como lo afronto porque a veces no se puede improvisar; hay que apoyarse en el Señor los que tenemos Fe; en todo lo que sucede subyace la Providencia de Dios; es una oportunidad que EL me ha dado con la fuerza del Espíritu; no sabemos lo que es bueno o lo que es malo, quien sabe los efectos que producen en los designios de Dios; a veces es como una prueba en nuestro camino; la Providencia es vivir sabiendo de la presencia de Dios.*

El rezo de vísperas dio por finalizada esta jornada monástica vivida por la Fraternidad en los últimos días del otoño, ya muy cerca de la Navidad.

Este humilde cronista, quiso ver los destrozos producidos por la riada del agua, o como también dice el Diccionario de la Real Academia de la Lengua, avenida o inundación, recorrió lentamente todos los lugares de la planta baja donde se produjo el "embalse" en palabras del abad, que fue tremendo y es difícil de contar; en todo el recorrido me acompañó una sentida meditación. Vi hasta donde había llegado el agua en la iglesia, en los claustros, en el refectorio, en todo el recinto del querido del monasterio, y cuando paseaba por el Claustro de los Caballeros, recordé los muchos epitafios de los enterramientos habidos en el pasado, y de lo poco que significa la vida, apenas un suspiro, la riada en definitiva forma parte de esa vida efímera a la que nos amarramos, a veces sin sentido, y por eso he querido traer para finalizar uno de estos epitafios. Concretamente el que se puso en la sepultura de los nobles caballeros D. Gil de Ruiz de Montuenga y Don Pedro Ximenez de Montuenga: **No pases de tan de corrida,/ mira, pecador, por ti/ cuan breve tienes la vida,/ cuan presto serás así./ Dar la mano a lo terreno, por lo que Dios puede dar, / es tan bueno asegurar, que no hay seguro tan bueno.**

¿Quieres hacer oración? ¡Vamos!

(Parte 1ª)



"El que da todo lo que tiene no tiene obligación de dar más", reza un refrán. Así que voy a desnudarme y decirte lo que yo hago o hacía (con constancia todo es más fácil) para sumergirme en oración.

Aunque es tan difícil congelar una foto de la oración como retratar la respiración. Espero que, al menos, tengas alguna referencia para zambullirte en esa sagrada piscina interior.

Tal vez nada tan parecido a la oración como la respiración. Quizás por eso muchos empiezan por ahí, por hacerse conscientes a su respiración, aunque yo nunca he necesitado ese paso.

La vida siempre es nueva y distinta, la oración también. Precisamente porque es, ante todo, vida, vida interior, vida profunda, vida abierta al Infinito.

Para empezar busco la **SOLEDAZ** que es como el marco de la oración. En ocasiones, la soledad se encuentra entre mucha gente: en el Metro, en el autobús, en el tren, en un concierto, en una sala de espera, en cualquier sitio que me permita la **INACTIVIDAD** del cuerpo y centrarme en mi templo interior.

Para seguir busco el **SILENCIO** que es como la atmósfera en la que flota la oración. Silencio interior sobre todo, posible a veces con murmullo externo sin estridencias. También ayuda una música adecuada que suscite sensaciones interiores.

Procuró una postura del **CUERPO** cómoda y relajada, para que no me moleste y no me llame (¡déjame ser ángel un ratito!). Normalmente sentado y puede que él solito se vaya inclinando profundamente. A veces, tendido en el lecho, sofá o suelo, si no hay peligro de dormición. Es hora de olvidar el cuerpo. Tal vez aparezca después para expresar o dar volumen a las sensaciones profundas. Comprendo muy bien a los que hablan, por ejemplo, de *"danza orante"* o de *"postración total"*.

Continúo con el **RECOGIMIENTO** interior, volverse hacia dentro y dejarse impregnar por el agua del fondo. Eso supone **ACALLAR** los ruidos interiores. Pueden ser pensamientos, imaginaciones, recuerdos, urgencias... Son las *"mariposas"* que siempre nos asedian a nivel cerebral (lista de la compra, urgencias pendientes, tareas de la agenda, preocupación por tal o cual persona, el reloj que te aprieta, etc.). O, como me decía una señora piadosa, los *"elefantes voladores"* que te impiden entrar en la **CALMA** del espíritu, en la profundidad de tu ser.

No conviene luchar con las "mariposas", ni con los "elefantes voladores". Suelen desaparecer al no prestarles atención, bajar a lo hondo y olvidar el reloj, algo un poquito difícil cuando no se ha adquirido el hábito de orar.

Mientras tanto, se pueden utilizar esas "mariposas" para orar. Por ejemplo, me viene obstinadamente tal persona (puede ser un hijo, una hermana, un enemigo...), pues me dejo sentir lo que esa persona me inspira (positivo o negativo) y se lo comparto al Señor.



Puede que surjan luces, actitudes, obras, respecto a esa persona que me obsesiona. Vuelvo a contárselo al Señor y permanezco a la escucha (palabra sublime), como quien dialoga con un ser querido al que tu vida le interesa mucho.

La oración, en ese momento o en ese día, se quedó más arriba pero no desaproveché mi retiro. Aunque solo le hayas contado al Amigo lo que vas a comprar y para quién, seguro que fue oración.

A partir de ahí, CALMADA la frenética "actividad mental", dejo que mi ser se sumerja en el Ser, que mi pequeño yo se zambulla en el Todo, sintiéndome parte de una Sinfonía inabarcable.



Mi "ser" suele reconocer instintivamente a "El que es" de siempre y por siempre. Y, como los patitos pequeños, le sigue, se acurruca y hasta se sube a su espalda. Cuando uno tiene cierta costumbre es como sumergirse en un gozoso seno materno.

Seguramente surgirá un abanico de sensaciones profundas. La más habitual es la **PAZ**. Sobre todo si uno está viviendo en orden y entregado a la "**determinación de progresar**", es decir, a la llamada a la **PLENITUD** que todo ser humano lleva dentro, la llamada de la Madre podríamos decir.

A mí me ocurre que, al llegar a ese recinto sagrado donde reside el Ser supremo, me brincan espontáneas sensaciones de distinto color y grosor. Normalmente son **ASPIRACIONES PROFUNDAS** a la bondad, la adoración, la alabanza, la paz, la justicia, el amor, la humildad (sensación real de la propia pequeñez), etc.

Date cuenta que, si esas "aspiraciones" las escribo con mayúsculas, son en realidad distintos "nombres de Dios" y el "rostro de Cristo".

Por eso el vivir (sentir) conscientemente esas "*aspiraciones profundas*" es como arrojar en los brazos del Padre-Madre-Dios. Lo que lleva consigo "*desear*" (aspirar) ser como Él, hacer **CRECER** la "*imagen y semejanza*" que late en el fondo del corazón. Es como un baño en la "*divinidad*" que llevo dentro.



Mí Dios
PAZ
¡Sosiégame!

Fue y sigue siendo muy gozoso encontrar en mi interior esta definición: "Dios es la Infinitud de las aspiraciones profundas del Hombre". Por eso es tan fácil "*experimentar a Dios*", en contra de lo que algunos piensan. Basta con experimentar (vivir) tus propias "*aspiraciones profundas*". "*Estoy hecho de Ti*", podemos decir en verdad. Para oír de inmediato la respuesta: "*Estás hecho de Mí*" ciertamente.

A veces, en ese camino hacia las **ASPIRACIONES PROFUNDAS**, se interponen las **FRUSTRACIONES**, sensaciones de "*camino cerrado*", de aspiraciones y necesidades que no están satisfechas, porque la vida o tú mismo las ha cerrado el paso.



Me parece totalmente positivo y fructífero quejarse, llorar, desahogarse, exponerle a tu Dios lo que te duele y te frustra. Detrás de cada queja late la aspiración a mejorar, a enderezar el camino, a cambiar la situación, a hacer lo que esté en tu mano para avanzar.

Hay quien, en esta situación, gusta de expresarse "*pidiendo*" pero a mí me resulta casi imposible. Salvo aquellas peticiones que, en realidad, son expresión de aspiraciones.

Por ejemplo: el *Veni Sante Spiritus* o el *Veni Creator* y tantas otras oraciones tradicionales o personales, incluidas las jaculatorias. Se expresan como "*peticiones*" pero en realidad son "*ambiciones del alma*" ("*Señor, que vea*"...), profundas aspiraciones a conseguir alzar el pie y alcanzar el siguiente escalón. Eso hace crecer, hace subir realmente. Sobre todo si siguen las obras, la constancia y el hábito.

Teresa de Jesús decía algo así: "*Nos pasamos la vida intentando subir al primer peldaño. Cuando menos lo esperamos Él nos levanta al siguiente o al último*". Y conviene advertir aquí, que no es lo mismo conseguir la constancia a fuerza de puños ("*voluntarismo*"), que por suave fidelidad a las naturales y sencillas "*aspiraciones profundas*".



Éstas, nacidas en lo hondo, te levantan en volandas y la voluntad sólo tiene que consentir y permanecer, a veces con "*esfuerzo*" pero sin "*forzar*", "*esforzarse*" pero no "*forzarse*", que son dos cosas distintas. (Éste es un tema importante que merecería un capítulo aparte porque muchos formadores, e incluso santos, han caído en la egolatría del "*voluntarismo*").

Cuando en el interior aparecen **FRUSTRACIONES**, éstas pueden referirse a la vida presente o a la pasada. Si se refieren a la vida pasada, suelen revivirse **HERIDAS**, dolor por el daño sufrido o causado.

Entonces la oración se convierte en auténtica **TERAPIA psicológica** porque limpia las heridas y nos aparta de las vilezas del pasado (sufridas o ejecutadas). El catecismo lo llamaría "*verdadero dolor por los pecados*" en el caso de las ejecutadas y "*perdón a los enemigos*" en el caso de las sufridas. Es decir, la oración nos puede ayudar a "*curar las heridas del pasado*", requisito imprescindible para llegar al equilibrio psicológico y a la paz interior.

Esta experiencia me llevó a reconocer -hace ya muchos años- que **el mejor Sicoterapeuta es el propio Cristo**. No el mental y teórico, sino el experiencial y vivo dentro de cada persona:



"Vosotros conoceréis (experimentaréis) que yo estoy en mi Padre, vosotros en mí y yo en vosotros" (Jn 14,20).

"No os dejaré abandonados nunca, volveré a estar con vosotros" (Jn 14,28).

"Seguid unidos a mí, que yo seguiré estando con vosotros" (Jn 15,4).



¿Quieres hacer oración? ¡Vamos!

(2ª Parte)



Cuando somos capaces de mantener la "determinada determinación" de hacer oración todos los días, como nos enseñó nuestra Teresa (y el Evangelio), entonces llega la experiencia del encuentro con el "*fondo preciosísimo*" que todos llevamos dentro.

Entonces los miedos al mundo interior que nos atenazaban van desapareciendo (culpabilidad, reproches, resentimientos, exigencia, tensión, voluntarismo, perfeccionismo, dudas, miedo a las dudas por si son tentaciones, desvalorización de uno mismo, imaginación calenturienta, etc.).

A medida que somos "constantes en la oración" (Rom 12,12) se apaciguan las tormentas internas. Y llegará el día en que veas que Alguien se acerca caminado sobre las aguas y dice: "**Soy yo, no tengas miedo**" (Jn 6,20). Incluso puede pasar que cuando ya hacías sitio en tu barca al caminante marino, "*tu barca toque tierra enseguida en el sitio adonde ibas*" (Jn 6,21).

A esto se refiere el verso de Juan de la Cruz: "*estando ya mi casa sosegada*"¹.

Hay un momento (puntual o histórico) en que la oración es simplemente **REPOSO** y **ESCUCHA** a los pies del Maestro (como María en Betania) o **DESCANSO** en los brazos del Amado (como Juan), o **MIRAR**, admirar y dejarte mirar (como tantas veces su Madre).

Llegados aquí, sólo puntualmente hierven las **aspiraciones** o duelen las **frustraciones**. El resultado práctico suele ser **PAZ**, **LUZ** nueva para comprender o actuar y **ENERGÍA**, es decir, **FUERZA** para poner en práctica lo descubierto y seguir caminando.

Últimamente hago trampa -lo confieso- a la hora de sumergirme en oración y librarme de las mariposas. Me valgo de un precioso medio: la **MÚSICA**, a la que llamo el "*aliento de Dios*".

Puede ser música religiosa o profana, melodías o canciones, clásica o actual, con tal que me sirvan para zambullirme en lo hondo o para poner palabras a mis **aspiraciones profundas**. La llevo comprimida en mi móvil. ¡Lástima que no pueda hacer sonar en este papel alguna de mis músicas!



Hay canciones profanas que me ponen. Por ejemplo, esta confesión que hoy hago y que no me atrevía a hacer, ha sido urgida por la escucha profunda (vivencia) de una canción: "*Amarte así*" de J.L. Perales. Si uno es capaz de trascender los sentimientos mundanos que ésta u otras canciones sugieren y referirlas al Amor supremo, entonces has encontrado un medio para facilitar la **CONTEMPLACIÓN** de que hablan los místicos.

¹ Noche oscura, verso 5.

*Conviene advertir que la naturaleza animal del ser humano flota como un corcho, tiende a la superficie e, incluso, a dejarse arrastrar a la pecina. Por eso el contrapeso de la oración -que te sumerge en lo mejor de ti- es la **CONSTANCIA** en la oración diaria: "Velad y orad para que no caigáis en tentación" (Mt 26, 41 - Mc 14,38. - Lc 22,40), "Alegres en la esperanza, pacientes en los sufrimientos y constantes en la oración" (Rom 12,12).*



Para mí fue glorioso el descubrimiento de la "**determinada determinación**" que me condujo a la oración diaria. Percibo en mi vida un antes y un después de esa determinación.

¡Puf! Me he extendido demasiado. Sólo quería hacer una breve confidencia y ya ves... Sé que comprendes que el tema de la oración es extenso, profundo e intenso, aunque fácil. Como la natación, para aprender hay que lanzarse al agua. De ninguna manera son suficientes los libros o las palabras. Eso solo son las calabazas para perder el miedo a meterse en el agua.

La oración verdadera es experiencia de Dios. Tengo publicada en digital "**Monografía de la experiencia de Dios**". Quizás es muy descriptiva, pero la escribí con la ilusión de que pudiera ayudar. Conviene advertir que no es lo mismo escribir una "**receta de cocina**" que cocinar y saborear la tarta. Si la receta no te llevó a eso, te sirvió de poco.

Te pondré, como despedida, un ejemplo de los ecos de la oración. Cuando uno -sin palabras- se sumerge en oración, las palabras pueden surgir del fondo y convertirse en oración. Te transcribo unos versos que reflejan esa experiencia. Brotaron de lo hondo pero también pueden servir para hacer el camino inverso y zambullirse en lo hondo. ¡Ojalá te sirvan! Con los versos y mi cariño te dejo.

Contigo dentro



¿Por qué se arrodilla mi alma
cuando vienes a mi encuentro?
¿Qué has puesto dentro de mí,
que se estremece a tu aliento?

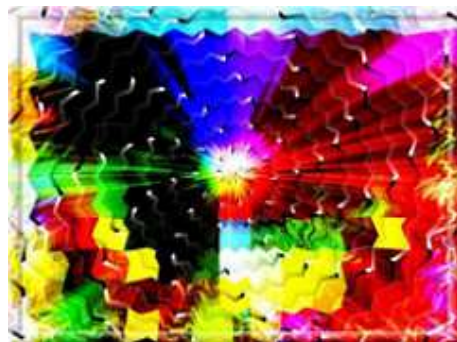
Dime, Señor mi Dios:
¿De qué madera estoy hecho?
¿Por qué fluye en mis entrañas
este ardiente sentimiento?

**Quiero verte
y no te veo.
Quiero tocarte
y no puedo.**

Y, sin embargo, me das
la evidencia de aquí dentro.
¿Qué quieres hacer conmigo
cuando brotas en mi centro?

Siento la luz de tus ojos.
Noto el calor de tus besos.
La emoción mana en hervores.
Tu dulzor me llega presto.

¿Qué debo hacer Amor?
Si me tienes aquí preso.
Si mi cabeza se inclina,
sumisa, contra tu pecho...



Dime, mi buen Amor,
¿Qué hago contigo dentro?
Si me llueven por los ojos
de mi interior los anhelos.
Si ya no me gusta nada
que no sea tu remedo...

**Quiero verte
y no te veo.
Quiero besarte
y no llego.**



Si me has cautivado, Amor,
dime por qué te quiero.
Por qué te adora mi alma
cuando tu susurro siento.
Por qué me sube este gozo
cuando me inclino hasta el suelo.

Eres más grande que yo,
eso ya puedo verlo.
Me inundas por todo lado
y rebasas mi cimiento.
Tu presencia se desborda
dentro de mí, Dios Inmenso.

Te gusta mostrarte así
en las honduras del centro.
Y te invitas a mi casa
como mi amigo más bueno.

¿Qué me pides, buen Amor?
¿Qué me pides, Amor bueno?

Si llenas todo mi ser.
Si por mi Dios yo te tengo.
Si estoy buscando por Ti
en dónde volcar mi vuelco...

Mi frágil fe entreteje
 los hilos de aquel recuerdo:
 ¡Es verdad que nada pides
 y sólo dices: "te quiero"!

La exigencia me enseñaron
de servirte siempre alerta.
De no olvidarme del barro
con que fui un día hecho.

 Mas Tú te vienes a mí
 con tus guiños y tus juegos.
Te escondes en mis entrañas,
me inundas de paz y beso.

 Dime, mi buen Amor,
 ¿Qué hago contigo dentro?



Jairo del Agua

<http://blogs.periodistadigital.com/jairodelaqua.php>

P.D.

[Anselm Grün: La música es una puerta hacia el cielo, un camino para abrirse a Dios](#)



Para los hombres **la música ha sido desde siempre una puerta hacia el cielo**. Es un camino para abrirse a Dios y a su indescriptible misterio, una forma de entrar en contacto con el deseo espiritual.

Gracias a la música podemos experimentar también el amor de Jesús: durante la Cuaresma y la Pascua, en Adviento y en Navidad y en cada uno de los cantos gregorianos. La música inspira alegría y esperanza. Anselm Grün, gran amante de la música, reflexiona en "**Escuchadme y viviréis**" sobre su fuerza espiritual y sobre su relación personal con las grandes obras de la música sacra.